

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificción



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

“Las Marías”

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

PAOLA TENA

paolatenar@gmail.com

Número 11 pp. 96-98
ISSN: 2530-8297

@ 2022 Microtextualidades

LAS MARÍAS¹

Las dos se llaman María y se parecen como un reflejo a la reflejada, aunque una pasea su nombre antiquísimo en fiestas de alta sociedad y la otra lo porta con el orgullo que solo pertenece a los humildes. Esta María ordena el hogar de la segunda, lava su loza, plancha la ropa, riega las macetas de geranios seguida por la otra María en sus ires y venires desde la ventana de la sala, hasta que por fin dan las cinco y entra en el cuartito de la limpieza quitándose apresuradamente el delantal para que no se le escape el autobús que pasará dentro de quince minutos. Poco después, esta otra María se queda sola en su chalet de las afueras, esperando a que su marido llegue de la oficina y pregunte qué hay de cenar, igual que cada noche. Transcurren los minutos, luego las horas y recostada sobre los almohadones de la cama piensa en María con esa mezcla de afecto y curiosidad, se pregunta cómo es su casa, qué hace los fines de semana, y cuando empieza a adormecerse apaga la luz.

La otra María entra en su casita de un vecindario cualquiera, donde la espera su marido viendo la televisión. Le pregunta “qué tal con los ricos”, y ella responde “igual que siempre” mientras recoge los juguetes que encuentra en el piso y prepara café. Horas después, cuando su esposo ronca en la habitación, aprovecha para remendar el uniforme del más chico, y se queda dormida en el sofá viendo la repetición de una telenovela. “Te amo, María”, es lo último que escucha, y sueña que la boca de ese hombre de traje no besa a la mujer de la pantalla, sino a ella.

María tiene una idea demencial, de esas que solo se nos ocurren una vez en la vida. Saca las tijeras del cajón y al verlas, la otra María solo alcanza a decir “ay, señora” antes de que los filos cercenen sus trenzas negras. Luego se observan las dos al espejo, hombro junto a hombro, manos entrelazadas y los ojos pasan de una a otra y de otra a una, se recorren, se miden, comparan y no notan diferencias, por lo menos en lo externo. “No te pongas nerviosa, María”, tranquiliza la primera a la segunda, “que cuando el señor llegue ni siquiera te va a mirar”. “Ay, señora” lloriquea la otra, y hace el ademán de llevarse una trenza a la boca para morder su cabello, pero ya no hay nada.

“Rosbif”, contesta María cuando el señor —ahora *su* señor— le pregunta qué van a cenar, para luego sentarse y leer el periódico, que seguramente ya ojeó en la oficina. Al primer bocado una duda lo asalta, y observa por encima del diario a la mujer frente a él. “¿Que te noto de nuevo, María?”, pregunta. Ella siente que va a desmayarse, pero no se le nota. “Me cambié el peinado”. “Mmm...”, responde él. “Te queda bien”. Y continúa leyendo.

La otra María llega tarde porque se olvidó de cuál era la parada del autobús donde debía bajarse, y ahora no está del todo segura de haber encontrado la dirección indicada, que lleva escrita en un papelito con letras grandes como de niño. Pero prueba la cerradura

¹ Recibió el II Premio en la categoría de cuento en el Concurso “Microrrelato y cuentística de la amistad auténtica”, convocado por la Fundación Cultural Ángel Herrera Oria y el Proyecto RTI2018-094725-B-I00 (MiRed. Microrrelato hipermedial español e hispanoamericano 2000-2020. Elaboración de un repositorio semántico y otros desafíos en la red) financiado por MCIN/ AEI /10.13039 /501100011033/ FEDER.

y cuando gira la llave sabe que está en el sitio correcto. Oye los ronquidos del hombre allá en el cuartito del fondo y se plantea extender un par de sábanas en el sillón, pero respira profundo, se pone el camión que encuentra colgado en el baño y se tiende en la cama estrecha junto a él, que sintiéndola cerca se gira y la acaricia adormilado por debajo de la ropa con la confianza que dan los años de convivencia. María siente el calor subiéndole por las piernas junto con las manazas del hombre. “Hoy no”, es lo único que alcanza a decir en un susurro, pero él responde “¿por qué no?” medio riendo, con la barba de días rozando su cuello y ella, al sentir ese cosquilleo que pensaba muerto y enterrado se pregunta a su vez “¿y por qué no?”, y se deja hacer.

María se quemó la mano derecha calentando el agua para el café, luego de lograr encender la estufa tras media hora de mirarla como un artefacto llegado de otra dimensión. Se asombró al descubrir que se puede vivir con solo tres vestidos de flores diminutas y un par de zapatos; dejó los brazos le ardieran gozosamente cargando de allá para acá cubos de agua para fregar, y terminó empapada cuando intentó bañar al hijo más pequeño, que era un demonio pero sabía abrazarla para pedir perdón. Mientras, la otra María estiraba las piernas sobre el taburete forrado de seda de la sala luego de pintarse las uñas de diez tonos distintos de rojo y probarse los mismos tacones una y otra vez. Se maravilló al disfrutar el mutismo del marido, que le permitía oír sus propios pensamientos y cenar sin que nadie le tironeara la falda entre sollozos, ni tener que levantarse de la mesa diez veces para ir por algo olvidado en la cocina.

El tiempo fue pasando casi sin sentirlo pero los hábitos no nos abandonan fácilmente. Las dos Marías siguen encontrándose dos veces por semana, como siempre, pero hasta en esos momentos mantienen la farsa del intercambio. La antigua María aspira bien por debajo de los sillones, saca las manchas más imposibles de las camisas y prepara delicias para el postre, mientras la María de antes habla por teléfono y apunta en su agenda citas para charlar con las vecinas. Si volvieron a ser quienes eran, o permanecen en el sitio de sus revelaciones, poco importa en realidad. Las Marías siguen pensando la una en la otra cada noche, con esa mezcla de afecto y curiosidad que solo une a los espíritus afines, antes de abandonarse al sueño.